

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 426.

MADRID 31 DE MARZO DE 1844.

Segunda serie



LA PIRL DE ZAPA.

SEGUNDA PARTE.

¿Cómo podríamos glosar las vivas y misteriosas agitaciones del alma cuando hasta carecemos de voces para bosquejar los misterios visibles de la hermosura? ¿Qué de fascinaciones! ¿Cuántas horas he permanecido sumido al verla en inefable éxtasis! No me preguntes qué era lo que constituía entonces mi ventura: lo ignoro.

En aquellos momentos si su rostro estaba inundado de luz se operaba no sé qué fenómeno que le hacia resplandecer. El imperceptible bozo, que cubria su tez fina y delicada, bosquejaba suavemente sus contornos con la gracia que admiramos en las lejanas líneas del horizonte cuando se pierden entre los resplandores del astro del día. Parecía como si la luz le acariciase uniéndose á ella, ó que brotaba de su radiante rostro una luz mas fúlgida que la luz misma.

Si pasaba una sombra por aquella dulce faz parecía animarse de blando colorido: entonces se anublaban sus matices: se retrataba una idea sublime en su marmórea frente, ó se sonrojaban sus ojos, vacilaba su pupila y flotaban sus facciones á merced de una sonrisa: se plegaba y adquiria animación el coral de sus labios: temblaban sus colores ó tenían de sombras sus negros cabellos sus frescas sienas. A cada uno de estos accidentes daban mayor vida sus palabras. Eran nuevas fiestas para mis ojos, ó gracias desconocidas para mi corazón. Quería yo leer un sentimiento, una esperanza en todas aquellas fases del rostro, y aquellos discursos penetraban de alma á alma como un sonido en el eco, prodigándome goces pasajeros que me dejaban la huella de profundas impresiones. Su voz me causaba un delirio que no podía comprimir. Imitando á no sé qué príncipe de la Lorena hubiera podido yo sostener una ascua en la palma de la mano mientras ella hubiera pasado por mi cabellera sus juguetones dedos.

Con frecuencia al volver á mi boardilla veía indistintamente á Fedora en su casa y participaba vagamente de su vida. Si padecía ella también yo padecía, y la decía al día siguiente:

—¿Cuánto habeis padecido!

—¿Qué de veces no se me ha aparecido en la noche silenciosa, evocada por lo profundo de mi éxtasis! Ya repentina, como una luz que brota en el seno de las tinieblas, me hacia soltar la pluma y ahuyentaba á la ciencia y al estudio, que huían desolados: para inducirme á que la admirase tomaba la encantadora actitud en que otras veces la habia visto. Ya me adelantaba yo hácia ella en el mundo de las apariciones, y la saludaba como una esperanza, rogándola me hiciese oír su voz argentina; y volvía en mi acuerdo con los ojos arrasados de lágrimas.

Cierto día despues de prometerme que iríamos juntos al teatro, lo rehusó caprichosamente y me suplicó la dejase sola. Desesperado por un contratiempo que me costaba un día de trabajo y mi último escudo, me dirigí al punto donde debí acompañarla por ver la pieza á que habia deseado asistir ella.

Apenas ocupé mi localidad sentí un golpe eléctrico en el corazón como si una voz me gritase:

—¿Fedora está en el teatro!

Vuelvo la vista, descubro á la condesa en el fondo de su palco y oculta en la sombra. ¡Ah, no vacilaron mis miradas! Mis ojos la distinguieron desde luego con una seguridad y una lucidez fabulosas. Mi alma se habia remontado hácia su esfera, hácia su vida, como vuela un insecto hácia su flor. ¿Cómo habian percibido

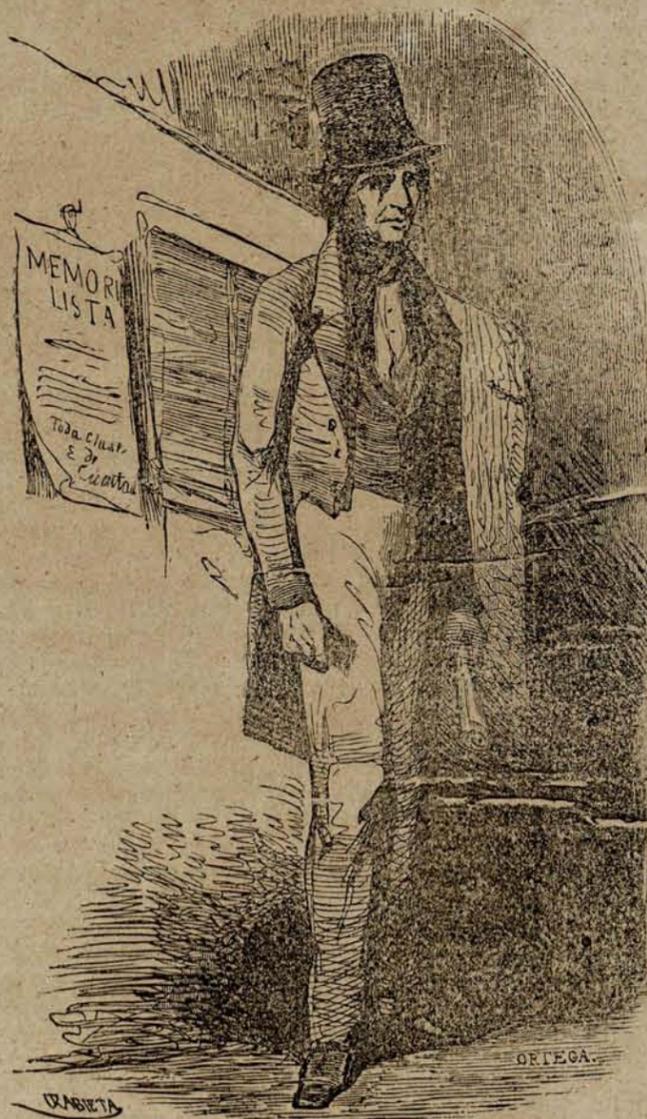
mis sentidos aquel suceso? Hay estremecimientos interiores que pueden sorprender á los ánimos superficiales: no obstante son efectos de nuestra naturaleza interior y tan sencillos como los fenómenos habituales de nuestra vision exterior. Así es que no me sorprendí, pero me enojé. Mis estudios sobre el poder moral, cuyos giros desconocemos, servian al menos para hacerme encontrar en mi pasión algunas pruebas vivas de mi sistema. Esta alianza del sabio y del enamorado, de una idolatría cordial y de un amor científico tenia no sé qué carácter de estrañeza. Solia satisfacerse y contentarse la ciencia con lo mismo que desesperaba al amante, y el amante lanzaba la ciencia lejos de sí cuando creia segura su victoria.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Nuestro corresponsal de Sevilla nos dice lo siguiente:

El señor Auriol deseoso de seguir mereciendo el título de primer ecuestre grotesco que ha merecido en toda y Francia: ha logrado, empleando todo el poder de su admirable agilidad, verificar una suerte estraordinaria que sobresale en mucho á todas las ejecutadas á caballo hasta el día: asies que recientemente en Paris, despues de numerosos ensayos, ha conseguido dar una vuelta en el aire, durante el galope del caballo y elevándose por encima de una bandera ó cinta, cayendo de pie sobre el mismo caballo sin que detenga su gran carrera. Este salto, cuya descripción es imposible, le ha granjeado los mayores aplausos en el circo de Paris, y ha causado la admiración en varias capitales de la Península.



EL CÓMICO DE LA LEGUA.

Si es verdad que el hombre no viene al mundo sino para instar al hombre, empiezo por decir, lector amigo, que el cómico de la legua no es hombre; pues entonces ¿qué es? me preguntarás. El cómico de la legua es un fruto abundante por desgracia, pero fruto que apenas nace se hiela; tal es el poco cultivo que tiene y lo contrarios que le son los elementos: su cuna es como la de todos, el teatro casero,

de donde probablemente es despedido por aprenderse los papeles tan al pie de la letra que hasta las notas recita al público: verdad es, que de esta manera se aprovecha de lo que sabe, que regularmente no es otra cosa que leer, desprovisto hasta de las mas insignificantes dotes á fin de poder ser algo en el arte, dicho se está que no debe ni puede conocer qué sea educación; al contrario, está reñido con ella. Pero en cambio no le falta sagacidad para ir arrastrando su mísera existencia. El cómico de la legua es el Trampa—adelante mas famoso que se conoce; hace milagros con una peseta: donde quiera que se presenta de seguro ha de sacar algo entre las uñas: hasta la miserable comedia, que necesita comprar para ponerla en escena, no le cuesta dinero; se va á la librería, la pide, la paga, se vuelve á su casa con ella, la copia, é inmediatamente la devuelve, diciendo «que no es aquella sino otra la que pide;» se la cambian, la copia también, y aprovechando la coyuntura de encontrarse otra persona en la tienda, la devuelve diciendo que, hace un rato, se la habia despachado otro, siquiera haga una semana: inventa un título de comedia para decir que se la cambien, y como no la tienen hace que le den su dinero por ella. Que vestir nunca le falta: pide ropa á cuantos conoce para que por una noche se la dejen, pero él tiene tal habilidad para hacerla noche, que por seguro debe tener su dueño el no volverla á ver mas, y aun cuando la vea, el no conocerla.

Para la comida se junta en cuadrilla con sus compañeros de infortunio; van á la tienda, compran pan y á manera que se extrae el metal de la moneda, extraen ellos la miga: y de pan blando lo convierten en duro, y unas veces lo devuelven como tal y otras como frito de peso; en este último caso suelen sacar algo de la tienda sin que les cueste dinero; porque entran diciendo que van á quejarse á la autoridad y les tapan la boca con cosa de comer y entablan relaciones para poder comprar al fiado.

Pero entremos á bosquejar ligeramente este tipo, tal como lo permiten los límites de nuestra Revista.

La primera, la mas imperiosa necesidad del cómico de la legua, es la de procurarse fina consorte, con quien compartir las glorias y trabajos, estos sobre todo; en la inteligencia de que sino lo hace así, se espone á tener que servir á la compañía de dama, sin que le valga decir:—Tengo barbas en la cara y no me las quiero quitar, porque tambien hay bello sexo que tiene en su cara mas que vello.

En este matrimonio el amor va unido al interés, porque el cómico busca su mitad en una del oficio que lo sepa ganar honradamente. El origen de los amores con esta cómica á quien una alma caritativa ó lo que es lo mismo un buen señor, la puso en su casa, es el haber hecho los dos papel de enamorados, desde cuyo momento se conservaron cierta especie de inclinación. Por supuesto que no hay que decir que el desempeño de estos papeles seria sentido, aunque si se puede asegurar que la pasion del amor, estaria algo disimulada, ni menos como quien trata de que la cosa no se sepa hasta que esté en sazón. En una palabra, llega el dia en que se casan y ¡á vivir! que si no tienen grande efecto para eso disfrutan de una bien entendida libertad.

Luego que han cumplido con este requisito se lanzan al oficio, y aunque no podamos decir aquello de «Dios los cria» porque Dios no puede criar cosa tan mala, es lo cierto que sin saber por dónde ni cuándo, ellos se juntan. Formada ya compañía así lo que llevan los hombres, como lo que llevan las mujeres, todo es común y todo sirve para algo, aunque de nada valga. Arreglan sus funciones en la capital; estudian sus papeles actores y actrices, aunque de estas algunas no saben leer, y tienen que estudiarlos como los ciegos las coplas á fuerza de oírlos; pero nunca los tienen tan presentes como las ferias y dias festivos de los pueblos que anuncia el calendario. Inmediatamente que hay algo de esto corren allá como el galgo detras de la liebre.

Estos viajes los hace nuestro cómico á pie para no marcarse, y viste regularmente un traje malo, que será cualquiera de los que tenga; pero en cambio á la mujer nunca la faltan pies agenos, á cuyo efecto suelen esperar el viaje de vuelta de alguna huevera, ó cosa tal que haya venido á la corte á despachar sus comestibles: tampoco la falta el gorro, que en las cómicas siempre es moda el ponerlo siquiera tenga que valerse de alguno de los que tiene el marido para representar.

Así camina nuestra gente llevando repartido el vestuario y demas utensilios del arte, hasta llegar al pueblo en que uno á uno se deslizan á la posada, como si fueran género de contrabando y dan muchos escándalos parciales por no dar uno general. Luego que se encuentran reunidos, nuestro cómico que hace de director se dirige á casa del alcalde á fin de obtener el competente permiso para las funciones que hayan de ejecutar.

El alcalde que lo ha sido en diversas ocasiones, tiene memoria de algunos chascos que han pegado al pueblo y así es que siempre obrando en justicia, y en su leal saber y entender, procura asegurarse bien en todos sus actos, á fin de que la administracion local no sea burlada.

Luego que el cómico lo vé, con mucha cortésia y con un semblante que derrama pura bondad le dice: beso á V. S. la mano. El alcalde que no suele gustar de ceremonias, con tono propio de alcalde, le contesta y bien... ¿qué se le ofrece? Yo, señor, soy director de una compañía... Entonces el alcalde que ha caído ya en la cuenta lleno de autoridad esclama; Compañía!... ¿y de qué? No crea V. S. que es de bandoleros... No señor... Es de cómicos ¡cómicos! ¿pues bien, lo mismo dá... Vendrá V. S. preso; pero ¡por Dios, señor! pero permítame V. S. ¿Quiere V. S. callar ó mando que le echen la rosca!— Pero ¡Caballero! pero señor alcalde dígame V. S. qué razon...— Yo razon?... Soy alcalde—Pues yo no adivino... porque mi compañía se compone toda de gente de honor—¿Vienen mugeres—Si señor... Toda gente honrada y gente que vive de su trabajo. Luego que el alcalde conoce que no le sucederá al pueblo lo que con otros que recogieron el dinero y le dejaron con tres palmos de lengua, entabla el ajuste para las funciones que se han de dar, el precio de entrada y lo que han de contribuir para las cargas municipales; quién habia de pensar que esta gente contribuía para algo! Ya que nuestro cómico conoce que aquello es otra cosa; empieza la tarea de alabar á las principales partes y aquello de: es una compañía en regla. La dama, no porque sea mi esposa, pero trabaja con un fuego que hace llorar á las piedras... pues ¡el gracioso! vamos, es cosa de reventar de risa. Del barba no digo nada, pero ya verá V. S. señor, quise decir, que peluquitas que tengo en casa como no se gasta de otro para el estofado. Si yo voy recorriendo varias capitales y hago paradas en estos pueblos únicamente es por darme á conocer. Bueno, hombre; bueno... Allá lo veremos.

Retírase nuestro cómico y en seguida reúne su compañía, y sin contarla nada de lo que le acaba de pasar, dice:—Ya tenemos permiso.—En este instante reciben los estómagos una satisfacción. Inmediatamente reparten los oficios y aquello en que no se dan manos á trabajar. Los hombres se dirigen á la «cuadra» corral que ha de servir para teatro de sus glorias, y allí disponen lo necesario para que pueda pasar al estado de «Coliseo.» Las mujeres cuidan en union del primer galan de arreglar el vestuario, sujetándose en un todo á la época á que se refiera la representación, que siempre será una en que anden revueltos turcos, romanos y moros, en la inteligencia de que si no hay trajes completos toman de uno lo que falte á otro. No andará la cosa muy exacta cuando salga un moro con casco de romano en la cabeza, pero estará muy bonito.

Dispuesto ya todo lo necesario se anuncia la función, que por el título no podrá menos de ser nueva, porque es gente que se da muy buena maña para bauti-

zar comedias; ponen sus carteles, en los cuales se encuentran pintadas las escenas mas ruidosas, con los trajes que han de vestir los actores, y la gente que tales preparativos ve, corre al teatro en busca de billetes.

(Concluirá.)



VARIEDADES.

En la noche del jueves se verificó en el Liceo la función que esta sociedad habia dispuesto en celebridad del regreso á España de S. M. la Reina Madre.

Sabiéndose que tanto esta augusta Señora como S. M. la Reina Isabel honorarian con su presencia el hermoso salon de Villahermosa, desde muy temprano se hallaba lleno el local de una concurrencia lucida y numerosa, que recibió á SS. MM. con el mayor entusiasmo.

Terminada la primera parte que era el «Miserere» compuesto por el señor Saldoni, y que fue ejecutado por varios socios de ambos sexos de la seccion de música, SS. MM. pasaron al salon anarillo, donde se detuvieron á considerar las pinturas que lo adornaban, preguntando con el mayor interés acerca de cada una de ellas, dirigiéndose en seguida á honrar el refresco que la junta delegada del Liceo tenia preparado.

En seguida volvieron SS. MM. al salon y los mismos individuos entonaron el «Stabat Mater» composición del mismo señor Saldoni, retirándose despues de concluido y recibiendo las mismas muestras de adhesion y respeto.

Hallábanse presentes y acompañaban á SS. MM. los ministros de Guerra, Gracia y Justicia, Gobernacion, el capitán general del distrito, jefe de Palacio y otras personas distinguidas, así como muchos individuos del cuerpo diplomático extranjero.

Los individuos de la seccion de música del Liceo se esmeraron en dar el mayor lucimiento á esta función, descollando entre las socias que tomaron parte la señora de Vega, y las señoritas Campuzano, Garces y Vela, que cantaron con sumo gusto y maestría, habiéndolas acompañado en el arpa la señorita Jardin.

Son curiosas estas líneas con que pinta un periódico el último remate de tabacos.

El espectáculo que ofrecia el remate era digno de ser pintado por una pluma superior en descripciones ó por el pincel de Goya. La fria y monástica fisonomía del director del Banco de San Fernando, representando á una compañía madrileña, la espresion naturalota y de movimiento del señor Sevillano, con sus acostumbados chistes, que hacia cabeza de una combinacion andaluza, la enérgica y catalana apostura del señor Jordá, en representación de casas de su pais, la jöven y bulliciosa á la par que franca como navarra del señor Carriquiri, y la elevada, filosófica y picaresca del señor Salamanca, agitadas todas con los rostros encendidos en la pelea financiera, pujando á cual mas ya lenta, ya precipitadamente, todo, repetimos, formaba un espectáculo interesante á la presencia del señor ministro y de todos los gefes de hacienda, vestidos de grande uniforme, que presidian el acto, y de mas de trescientas personas espectadoras, notables casi todas en la línea mercantil por sus capitales, por su crédito y por sus negocios.

El rey de prusia á imitacion del emperador de Austria acaba de dar un decreto señalando un derecho de propiedad á los autores de todas las obras dramáticas que se representen en los teatros del reino.

El Globe inglés dice que desde el reinado de Jorge III hasta de S. M. actual, á habido en Inglaterra mas de doscientos desafíos: en tres han muerto los dos combatientes, en ochenta han muerto uno de los duelistas y en todos ellos han sido heridas 120 personas. Cuatro han sido condenados á la pena de muerte; y entre los que se han batido se hallan los nombres del duque de York, de Norfolk, de lord Clastlereagh, Pitt, Fox, Cheridan, Sir Burdett, Mr. Canning, sir Roberto Peel y el duque de Wellington.